

más que con el desdén. Pero esos malhechores de diez años apenas, que duermen en los derribos, que pordiosean el dinero al transeunte y que saquean las puertas de las tiendas, ¡eso es una monstruosidad; un verdadero peligro para el orden público! ¡Á ellos, señores gendarmes! Por fortuna, nuestros legisladores están ahí para protegernos y todos los años votan una partida del presupuesto para sostener los presidios especialmente dedicados á estos precoces criminales...

## IX

La sociedad velaba, pues; y los malvados que nos ocupan fueron por último despertados con gran sobresalto, á las cuatro de la madrugada, en la cueva que les cobijaba, y vieron ante ellos la Ley con toda su majestad, bajo la forma de un agente de la policía secreta, al que ni ustedes ni yo hubiéramos querido encontrar en un bosque, y de un guardia de orden público, con su sable al costado y cuyo aliento apestaba á tonel viejo.

Anatolio y Cristián se levantaron de un salto como para escaparse, pero el polizone de aspecto patibulario agarró al primero por un brazo, mientras el guardia tenía sujeto al segundo.

« Cuando yo decía, exclamó el agente de paisano dirigiéndose al uniformado, que íbamos á encontrar aquí esta tropa... »

Y añadió dirigiéndose á los muchachos.



« Andando, bichos.... á la prevención.... ¡Vivol... »

Los chicos fueron conducidos en pocos minutos á la prevención y encerrados por primera providencia en un agujero sin aire é infectado por un inmundo recipiente de aguas sucias. Por una feliz casualidad les tocó estar solos. Y Cristián oyó por primera vez el ruido siniestro de los cerrojos de una prisión.

Caído en el banco de madera incrustado en la pared, el pobre niño se deshacía en lágrimas, mientras Anatolio, con los ojos secos y los brazos cruzados, daba nerviosos paseos por el encierro.

« Dime, Anatolio, murmuró por fin el niño, ¿qué van á hacer con nosotros? »

— Es verdad, respondió el otro ; tú no conoces estas cosas... El coche celular, la cárcel, el tribunal... »

Estas palabras desconocidas aumentaron el miedo de Cristián.

« ¿Qué es todo eso? dijo con ansiedad.

— Anda, que pronto lo sabrás... No es divertido, pero no se muere uno por eso.

— ¿Y después? preguntó otra vez con angustia.

— ¿Después?... Harán venir á nuestros padres para preguntarles si nos reclaman... El mío me

reclama siempre... pero ¡que pateadura voy á llevar !... »

Cristián se estremeció. También él estaba seguro de un castigo implacable. Sus lágrimas aumentaron.

Á las siete los cerrojos rechinaron de nuevo y el agente con cara de bandido, que de seguro tenía lo mismo el alma, apareció en la puerta, repitió su frase : « Andando, bichos » y empujó á los muchachos hasta la oficina del secretario de la comisaría.

Era el tal un joven moreno y feo, de bigotes llenos de cosmético, con una corbata muy pretenciosa sobre una camisa muy sucia y con un pelo tan espeso que parecía que le comía la frente. Estaba sentado detrás de una mesilla y parecía víctima en aquel momento de un fuerte resfriado.

— « ¿ Qué tal, eso no va mejor, señor Héctor ? dijo el polizonte con una sonrisa obsequiosa y absolutamente repugnante... Se habrá usted acostado muy tarde... de seguro... Y después, por la mañana hay que deshollinarse las narices... »

— ¡ Qué quiere usted ! respondió entre dos estornudos el personaje de la cabeza afieltrada. Voy todas las noches al café con la firme resolución de no tomar casi nada.. un mazagrán, una



copita de *cognac* y dos ó tres vasos de cerveza... Pero llegan los amigos, y está uno allí todavía después de media noche ante unas cuantas columnas de platillos... Claro está; todos se creen obligados á pagar una ronda... La perdición del hombre es la cortesía. »

Y después de emitir, con el último esputo, este juicioso pensamiento, el señor secretario se dispuso á interrogar á los jóvenes detenidos.

Ante la eterna respuesta, casi siempre exacta, por desgracia : « Me pegan mucho en mi casa y me he escapado, » el hombre de los cabellos invasores dejó ver una sonrisa incrédula.

« Carne de presidio, ¿ verdad ? dijo con aire resuelto, echando una mirada al agente. Pues bien, ahí está el coche; expidámoslos ».

Entregados con unos papelotes á un soldado de la guardia republicana y zarandeados durante media hora en las prisiones ambulantes del coche celular, nuestros vagabundos llegaron al patio de la Prefectura de Policía en el momento en que todos los barrios de París vertían en él á carretadas las inmundicias humanas de la noche.

Los siniestros ómnibus de ventanillas siempre cerradas se detenían uno por uno ante el chato zaguán cuya verja no se abre más que por un estrecho postigo, y vomitaban, como un albañal,

sus horribles viajeros, mendigos, rateros, borrachos y prostitutas. Tan pronto se veía salir del coche un viejo cubierto de sórdidos andrajos como una mujer de florido sombrero. Había allí viejas de pelo gris con colorete en las mejillas, hombres pálidos con sangre en las uñas y adolescentes que parecían mujeres disfrazadas. Casi todos aquellos miserables vacilaban en el estribo del coche y tenían que bajar sostenidos por el municipal, unos porque se morían de cansancio y de hambre y otros porque estaban borrachos ó estenuados por la crápula. La policía los había recogido, de una á cinco de la madrugada, en las tabernas nocturnas, en las casas de dormir y al aire libre, en los bancos ó en los arroyos donde se habían desplomado con la esperanza de morir ó para dormir la mona. Bien fuesen indigentes ó malvados, lastimosos ó infames, la mayor parte eran repugnantes, con ojos de locos y facciones de animales. Solamente una muchachuela muy joven, detenida en un solar al que se llevaba un hombre beodo, una niña de quince años, con grandes chanclas, falda desgarrada y chambrá manchada de barro, tenía una cara angelical y era fresca como una rosa.

En la puerta de la prisión, los carceleros, innobles soldados sin armas, con chaquetas de botones



de metal blanco, cogían, atrapaban, por decirlo así. á los recién llegados en el vasto y sombrío zaguán, bajo las órdenes del jefe, un señor con cabeza de jabalí bajo una gorra de galón plateado, y distribuían los presos por categorías, la de los borrachos, la de los ladrones, la de las mujerzuelas. El París nocturno acababa de verter su banasta, como el traperero que, una vez en su desván, reparte en montones los huesos, el hierro viejo y los trapos. Todas aquellas operaciones eran muy ruidosas y á pesar de los continuos « ¡ Á callar ! » del inspector, el tumulto resultaba insoportable.

En la calle, seguían llegando nuevos coches con más detenidos y la entrada de algunos de éstos producía un largo rumor. Ya era un loco furioso cuya agitación epiléptica podían apenas contener cuatro robustos mozos y que era conducido á la celda acolchada; ya un viejo de barba blanca, baboso é idiota, y tan lleno de miseria que los guardias le apartaban de ellos todo lo posible. Pero había pocos horrores de ese grado de intensidad y el desfile de los ordinarios empezaba de nuevo: muchachas de la calle, casi todas á cuerpo y con la cabeza desnuda, lívidos chulos con chaleco de punto y la indispensable gorra de tres pisos, lanzando las miradas furiosas del malhe-

chor cogido infraganti; y, algunas veces, algún bohemio en el colmo de la miseria, con un cadáver de sombrero de copa en la cabeza y una levita agonizante cubriendo un cuerpo demacrado por el hambre.

El inspector de la cabeza de jabalí acabó de poner en orden toda aquella canalla y Cristián y Anatolio con otros muchachos de su misma estofa, fueron llevados brutalmente por uno de los guardias á una especie de calabozo, amueblado con una mesa y dos bancos, donde les sirvieron, en cacharros de hierro, una sopa cuyo pan y cuya grasa no hubieran estado fuera de lugar en una pocilga.

Dos horas después se los condujo al Juzgado de jóvenes (1).

La institución de este juzgado es buena en sí misma y muy sencilla. Todas las mañanas, los niños recogidos por la policía en las calles de París comparecen ante un juez de instrucción especialmente destinado á este efecto. Los que han cumplido catorce años y son considerados por la ley como responsables de sus actos son entregados á los tribunales ordinarios; los que no tienen esa edad son presentados á sus familias,

(1) El *Petit Parquet*.



si la tienen, y el juez tiene casi siempre que dirigir una amonestación á los padres, pues con gran frecuencia los pequeños vagabundos son niños descuidados y maltratados, cuando no abandonados por completo. En seguida el niño es entregado á su familia, si ésta consiente en recibirle, y en el caso de que no consienta ó de que el niño no tenga padres, el juez se ve obligado á enviarle á un establecimiento penitenciario para que permanezca en él ¡¡¡ hasta que sea mayor de edad !!!

Apresurémonos á decir que el juez del tribunal de niños ejerce sus funciones con un espíritu caritativo y paternal. Para esta delicada misión se escoge un hombre de bien, uno de esos magistrados íntegros y penetrados de la grandeza de su misión, á quienes se trata de cándidos en el ministerio y con los cuales no se cuenta jamás para los procesos políticos... ni para los ascensos. El buen señor hace lo que puede, pero ¿puede hacer algo? Solamente devolver el desgraciado á unos padres que, de diez veces, nueve, no le han dado ni le darán más que malos ejemplos, ó enviarle para muchos años á una colonia agrícola, es decir, á un presidio de niños, á fin de que acabe de corromperse en él. Y todo por un pecadillo, por una falta de la que no es responsable, según el mismo legislador.

Si el niño es mayor de catorce años y se le juzga como á un hombre, se le convierte ya en un individuo señalado por la justicia y después lleva el fusil en los batallones de Africa, deshonorado para siempre.

Y si es menor de catorce, ¡oh! ¡qué temible criminal! entonces es casi peor, pues se le convierte, hasta su mayor edad, en un pequeño presidiario.

Parece ser que estas monstruosidades son indispensables y que sin ellas la sociedad se desmoronaría como un castillo de cartas. Puede ser. Pero que se me permita no extasiarme ante una sociedad tan poco sólida.

El juez que interrogó á Cristián tenía un aspecto poco formidable. Un observador superficial no hubiera visto en él más que un viejecillo enfermizo, muy mal traído é instalado en una mezquina mesa de despacho. Pero era inteligente y bueno y en sus ojos pensativos brillaba la compasión. Cerca de él y en una mesa aún peor, otro *minus habens*, el escribano, se mordía las uñas de la mano izquierda como si hubieran sido la más suculenta golosina.

Cristián, conducido por un municipal; Cristián cubierto de harapos, temblando de miedo y sorbiéndose las lágrimas, no tenía un aspecto muy



recomendable, pero el juez vió desde la primera mirada que no tenía que habérselas con uno de sus clientes ordinarios, granujas gangrenados por los vicios desde la infancia y muy dignos también de lástima. Además, un momento antes el juez había « confesado » á Anatolio, el cual fué entregado á su respetable padre, un ebanista muy borracho, casado en segundas nupcias con una individua que odiaba y administraba formidables palizas al hijo del primer matrimonio. El magistrado sabía, pues, que Cristián había sido arrastrado por su compañero y que se había escapado por primera vez de la casa paterna.

Tranquilizó al niño, supo inspirarle confianza y obtuvo fácilmente que le contara su vulgar y triste historia, que conoció que era cierta.

Entonces el juez preguntó á su empleado :

— « El padre ha sido citado y está ahí, ¿ verdad ? »

— Sí, señor.

— Que entre.

Y al ver al muchacho retroceder con espanto hasta un rincón de la sala al solo nombre de su padre, recordando los golpes recibidos, el juez, aunque acostumbrado á tales espectáculos, hizo un ademán de compasión.

Próspero Aubry, á quien habían ido á buscar al taller, entró en traje de trabajo, con la mi-

rada sombría y la mala arruga en la frente.

« Siéntese usted, le dijo el juez. Aquí tiene usted á su hijo, que se escapó de su casa hace unos días. Sé que ha manifestado usted inquietud y que ha dado parte de su desaparición al comisario del barrio. Debo añadir que los informes tomados sobre usted son favorables. Pero este niño asegura que usted le castigaba con gran dureza. ¿ Es cierto ? »

El carpintero lanzó á Cristián una mirada de odio.

« Si usted tiene la bondad, señor juez, haga salir al chico un minuto... Tengo que decir acerca de él algo extraordinario. »

— Bueno, dijo el magistrado.

Y por orden suya un guardia se llevó á Cristián.

— ¿ Y bien ? »

— Pues bien, señor juez, prosiguió Próspero sacando del bolsillo un papel sellado ; lea usted esta partida de nacimiento... Cristián Forgeat, hijo de Perrinette Forgeat y de padre desconocido... Ese muchacho no es nada mío. Es hijo de una mujer con la que he vivido maritalmente, y nada más. Su madre ha muerto y yo me he quedado con el chico por humanidad... ¿ Habrá quien me eche en cara el haberle dado un bofetón cuando lo merecía ? »



— ¡ Un huérfano al que nadie ama! murmuró el juez, que, decididamente, conocía todas estas miserias.

— Como usted guste, contestó el obrero con voz dura. Lo seguro es que la presencia de este mal bicho me recordaba á todas horas que mi querida había hecho mala vida. Hice mal en quedarme con él á la muerte de su madre; es un holgazán que me fastidia y del que puede usted hacer lo que le plazca, pues no quiero oír hablar más de él... ¿Estoy en mi derecho? ¿Sí ó no?

Un sacerdote, ¿qué digo? el más humilde de los cristianos, inspirado por el espíritu de caridad, hubiera podido contestar: ¡ No! Pero el juez no podía hablar más que en nombre de la justicia.

« Está usted en su derecho, dijo el juez con voz severa y triste; en su derecho estricto... Piense, sin embargo, yo se lo ruego, que se trata del hijo de una mujer á la que usted ha amado; que no tiene más que á usted en el mundo; que usted ha sido poco indulgente con él y que su falta es disculpable... Sea usted generoso hasta el fin y guárdese consigo. Por severa que sea su tutela siempre será mejor que la del Estado... El único asilo que yo puedo darle es funesto... Entrará en él inocente y acaso salga perdido para siempre... Es usted responsable del porvenir de ese pobre niño...

Vamos á ver; estoy hablando con un hombre honrado... ¿Tendrá usted valor para abandonarle?

Pero Próspero le dejaba decir y bajaba la frente en la que se acentuaba la arruga implacable

« ¿Estoy en mi derecho? ¿Sí ó no?

Y como el magistrado bajase los ojos y callase, el obrero saludó sin añadir una palabra y se marchó.

« ¡ Á la colonia! » dijo al empleado el juez, cuya voz temblaba un poco.

Y aquella misma noche, Cristián, el huérfano, el hijo natural, fué enviado á la Colonia Agrícola de la Meseta, en el departamento de Marne-et-Oise.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIV. "ALFONSO REYES"  
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO